

ENSAYO

Cubano,
demasiado cubano
Néstor Díaz de Villegas

bokeh 

POSADA CARRILES, O LA BATALLA DEL CUERPO

El castrismo ha insistido en la naturaleza ideal de sus batallas. Cuando se habla de la Batalla de Ideas tendemos, automáticamente, a idealizar la contienda que Castro libra contra sus enemigos.

Ese concepto falso compromete ambos términos: por un lado, en su aspecto bélico, idealiza lo que, en propiedad, ha sido una guerra civil; por el otro, en tanto «idea», desmaterializa la lucha, empequeñece su aspecto militar. A este fenómeno propagandístico he llamado «idealismo castrista».

El apodo Batalla de Ideas escamotea, sobre todo, el aspecto corpóreo de las hostilidades; en cambio, las ofensivas castristas ocurren siempre en el plano físico. Evidentemente, en una Batalla de Ideas la dialéctica de la lucha armada queda invertida, puesta de cabeza. Es el ejemplo clásico de cómo los ideólogos, al escamotear el cuerpo, consiguen imponernos una falsa conciencia.

¡EL CUERPO, IDIOTAS, EL CUERPO!

Nótese que la resolución del conflicto cubano depende del desenlace de un solo cuerpo. El cuerpo del Líder: su esfínter, su corazón, sus pulmones, su hígado son las claves del problema. Convenimos en que la muerte de Fidel Castro es la condición *sine qua non* de la libertad de Cuba.

Castro ha ganado, precisamente, la batalla corporal. Su cuerpo resistió los embates de la enfermedad y el envejecimiento. La permanencia e integridad física proclaman el triunfo de su ser sobre las calamidades de la vida. A esa exorbitante persistencia, que suplanta cualquier consideración cronológica, he llamado (siguiendo a Henri

Bergson) *la durée*. Puede decirse que el castrismo es idéntico a su duración natural.

El cuerpo del Líder sorteó la muerte de mil maneras: atentados, asaltos, caídas, cirugías, accidentes. Fidel Castro sobrevivió a sus enemigos, y tal vez el aspecto más significativo de la actual situación es que continúe vivo a pesar de todo, que pueda vérselo en su Palacio durante las horas de visita, que siga dirigiendo las operaciones desde un centro vital situado en su persona. El eslogan «Siempre es 26» indica que el año de su nacimiento recurrirá perpetuamente, de manera espontánea e ininterrumpida.

Sin embargo, cada vez que pudo, el Líder eliminó a sus enemigos corporalmente, no idealmente. Los opositores son desterrados junto con sus familias, colocados a una distancia material insalvable, fuera del campo de operaciones. Cuando un ciudadano expresa dudas respecto al Sistema, o cuando los secretos de Estado (usura, fraude, chantaje, tráfico de drogas) quedan comprometidos, la justicia castrista elimina al culpable mediante el fusilamiento o la cárcel, es decir, por eliminación física, no metafísica. Son harto conocidos los casos de Huber Matos, Manolo de Castro, Arnaldo Ochoa, Mario Chanes de Armas, William Morgan y los pilotos de Hermanos al Rescate.

Con el nombre Batalla de Ideas se nos quiere hacer creer que existe un terreno ideal de conflictos, y que los blogueros, pensadores, grafiteos y demás disidentes virtuales constituyen una amenaza real para el Estado totalitario. (La situación en Libia y Egipto, o incluso en Irán, es diferente: los nuevos medios, al estar en manos de todos, llegaron a desafiar la ubicuidad del Líder). Pero las ideas no constituyen un peligro para el castrismo (uno de cuyos atributos es *la durée*), pues su sistema está basado exclusivamente en el determinismo corpóreo.

«HOCUS POCUS»

El castrismo exhibe el cuerpo del Líder como prueba de su verdad, una especie de *hocus pocus* o «Aquí está el cuerpo», en el que Castro,

o su presencia, fungen de garantía eucarística. El cuerpo, que es el centro litúrgico del castrismo, encierra los misterios de la Resurrección y la Parusía. Lo que los peregrinos visitan en La Habana no es una idealización política, sino un cuerpo glorificado.

Entonces, en oposición a las argucias del idealismo castrista, entra en escena el único cubano poseedor de «otro» cuerpo: Luis Posada Carriles, quien, con independencia de ser o no el autor de la voladura del avión de Barbados, aparece como desafío permanente a la jurisdicción corporal castrista.

Considerémoslo culpable o no: resulta imperdonable que un cubano crea a Fidel Castro capaz de conmoverse por la suerte de un turista italiano o de un puñado de pasajeros a bordo de un avión comercial. El morboso interés político en Posada Carriles converge en su cuerpo, en la persistencia de la corporalidad enemiga.

Posada Carriles representa al último hombre que enfrentó al castrismo «cuerpo a cuerpo», en sus campos de batalla reales, no ideales. Es una especie en extinción, el postrer espécimen de la Cuba perdida y de sus posibilidades. Se insiste en «idealizarlo» atribuyéndole los más horrendos crímenes, pero esto sólo consigue acercar su imago a la de Fidel Castro.

La fotografía de Delio Regueral que lo muestra con el balazo en la cara y el estigma en el costado es la antítesis de cualquier idealización: Posada Carriles es el Anti-Castro que exhibe las feas cicatrices de batallas corporales. De ahí que la izquierda, que idolatra a Fidel y lo absuelve, no soporte la vista de otro cuerpo santificado por la violencia.